

«IN MEMORIAM»
VALENTIN ANDRES ALVAREZ

IN MEMORIAM

Valentín Andrés Alvarez

La desaparición de nuestro compañero Valentín Andrés Alvarez ha producido, en los que fuimos sus discípulos, el que reconsideremos una vez más su persona y su obra. La hemos contemplado así con una perspectiva más amplia, más profunda. Su personalidad es muy compleja. Simplemente en lo que yo le traté, y sin hacer más que una mínima revisión de situaciones en las que yo le vi, me encuentro con mi primera perplejidad ante su rica figura, porque recuerdo a D. Valentín ya en Asturias, en Dorigo, ya a D. Valentín frente al piano, ya a D. Valentín revisando una edición de sus obras literarias, ya a D. Valentín en esta Real Academia, mientras escucha con gran atención a un ponente, ya a D. Valentín resolviendo problemas matemáticos con los *Philosophiae Naturalis. Principia Mathematica*, de Newton, abiertos, al alcance de la mano, ya a D. Valentín revisando el tema del empresario, en la inauguración de la Facultad de Economía de la Universidad de Oviedo.

Dentro del conjunto de estos replanteamientos que se hacen en distintos ámbitos a partir de su muerte, ahora he de centrarme sólo en el de economista. Cinco cosas tengo que señalar en este sentido. La primera, que es una persona que sufre un fenómeno de encantamiento, de flechazo, de iluminación, como se quiera, con la Economía. El episodio que tantas veces hemos relatado todos de lo que le sucedió con la lectura del *Manual*, de Pareto, nos parece a los que hemos estudiado con algún cuidado la obra de este profesor asturiano, que es similar al que le ocurrió a Rousseau cuando leyó, en el camino de París a Vincennes, la célebre convocatoria de la Academia de Dijon, y que éste relató tan bien en su correspondencia con Malesherbes, o a cualquiera de las situaciones estudiadas en *De l'amour*, de Stendhal, o al relato del *Tolle, lege*, de San Agustín. Las frases de Stendhal, que pone en la pluma de la linda Guillermina, que hasta entonces se había despreocupado del amor y sus locuras son exactamente

éstas: “Estaba lejos de pensar que los efectos de un sentimiento pudiesen ser, a la vez, tan súbitos y tan poco previstos. Durante un momento creí estar envenenada”. En nuestro compañero Valentín Andrés Alvarez el veneno de la economía penetró con violencia súbita y para siempre, en París, en la biblioteca de Santa Genoveva.

La segunda, que este economista, de pronto, percibe el enriquecimiento que le produce el haber tenido una muy rica formación, desde los variadísimos flancos que han admirado a sus biógrafos, de la física a la metafísica, de las matemáticas al teatro, de la astronomía a la poesía, incluso del tango en *J'Hay* a la tertulia del Café Español de Oviedo o del Regina en Madrid. El París de la *generación perdida*, o la vida de Pepón de Grado, el padre de Sebastián Miranda; el mundo institucionista o la interpretación de *Don Paco*, de *Tararí*, por Gonzalo Delgrás, adquieren toda su significación para él al convertirse Valentín Andrés Alvarez en economista. Por eso pasó a ser, forzosamente, al salir del huevo de su formación, uno de esos mirlos blancos —*rare birds*— de que Keynes habla cuando señala que el *gran economista* “debe ser matemático, historiador, estadista y filósofo (en cierto grado). Debe comprender los símbolos y hablar con palabras corrientes. Debe contemplar lo particular en términos de lo general y tocar lo abstracto y lo concreto con el mismo vuelo de pensamiento. Debe estudiar el presente a la luz del pasado y con vistas al futuro. Ninguna parte de la naturaleza del hombre o de sus instituciones debe quedar por completo fuera de su consideración. Debe ser simultáneamente desinteresado y utilitario; tan fuera de la realidad y tan incorruptible como un artista, y, sin embargo, en algunas ocasiones, tan cerca de la tierra como el político”. Este enfoque de Keynes creo que explica, mejor que ningún otro, por qué precisamente su formación previa en materias muy dispares fue un componente muy positivo para que comprendamos la importancia de Valentín Andrés Alvarez como científico.

La tercera, que es un economista que pretende seguir pautas del liberalismo económico. Se produce esta actitud desde tres lados. Evidentemente, el estudio de Alfredo Marshall, su gran maestro, tiene que haber producido un acercamiento. Otro, la indagación de las maravillas del marginalismo, del equilibrio general, que proyecta sobre la economía lo que Hicks recoge de un gran poeta inglés: “No se puede arrancar una flor sin conmover una estrella”. Finalmente, el encaje de su propia actitud política con otras que se relacionan con el grupo *Ordo*, y más con los Eucken que con los Hayek. Del primero, cojamos unos párrafos procedentes de unas excelentes conferencias que pronunció en Santander, en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, en agosto de 1949, impresas en un folleto ya muy raro: “¿Cuál debería ser la naturaleza de la actividad estatal? La contestación es la siguiente: el Estado ha de influir

en el mundo institucional y en el orden dentro del cual se desarrolla la actividad económica, así como ha de fijar las condiciones en que se desenvuelve un orden económico capaz de funcionamiento y digno de los humanos. Pero no ha de dirigir por sí el proceso económico. Esta es materia que compete a las empresas y a las economías de consumo que en el cuadro de este orden económico planifican y actúan libremente". En un folleto muy raro —no lo había visto citado por nadie hasta ahora—, *Apogeo, decadencia y renacimiento del liberalismo* (Ateneo, Madrid, 1963), Valentín Andrés Álvarez dice (pág. 21): "Creo que un estudioso de la sociedad actual, ... nos sorprendería por el gran número de actividades que podrían desenvolverse con un mínimo de regulación y un ancho campo de libertad".

La cuarta es su indagación sobre las diferencias entre lo que primero llamó *económico privado* y lo que también entonces denominó *económico político*. Partió de la célebre paradoja de Lord Lauderdale, planteada en torno a dos palabras del inglés: *richness*, vinculada a la riqueza privada, y *wealth*, a la pública. La primera es de raíz francolatina, y a través de Guillermo el Conquistador llega a las Islas Británicas con el sentido individualista del Derecho Romano, y la segunda es de origen sajón, en connivencia con formas comunitarias de vida: "En un país donde existiesen abundantes manantiales de agua pura, ¿qué opinión se formaría a la inteligencia de un hombre que propusiese, como medio de aumentar su riqueza, cegar algunos manantiales para hacer escasa el agua? Con este procedimiento se conseguiría, sin duda, aumentar la masa de riqueza individual, pues el agua, a su cualidad de útil y deseable, añadiría la de ser escasa, aumentando con ello su valor. La suma de la riqueza individual habría aumentado, pues sólo hemos hecho desaparecer manantiales, o sea cosas que nada valían por su excesiva abundancia, y hemos creado en cambio nuevas riquezas, el valor de los manantiales que quedan... La suma de riquezas privadas ha aumentado, pero el grupo social se ha empobrecido".

Estos puntos de vista los planteó por primera vez en su ensayo, *Sobre los límites entre política y economía*, donde queda claro, a partir de la crítica del romántico alemán Adam Müller a Adam Smith, que la economía del grupo es diferente a una simple suma de las economías de los individuos del grupo. Pero yo hallé otro precedente. En su tomo de poesías *Reflejos*, publicado por Editorial Galetea, en Madrid, 1921, que ya he comentado para esta Real Academia pero ahora creo oportuno volver a glosar, todo esto aparece expuesto en el poema *Meditación* con estas estrofas, en las que se contraponen el enfoque lejano, con perspectiva global, que en economía es el macroeconómico, y el cercano, el que ve cada cosa aislada, sin fundirse con las otras, que en economía es el microeconómico:

De lejos, de lejos
 Se conocen las cosas en su esencia.
 Nadie sabe hoy, ni sabrá mañana, ni se sabrá nunca
 Predecir lo futuro aquí en la Tierra,
 Porque no conocemos las leyes de las cosas
 Que tenemos tan cerca.
 En cambio se sabe
 Y ya es ciencia vieja,
 Predecir con muchos años
 Y con sistemática certeza,
 Las cosas que sucederán allá lejos
 Entre las estrellas.
 De lejos, de lejos,
 Se conocerán las cosas en su esencia

 Todo debe verse de lejos.
 Nada puede conocerse de cerca.

Cómo llegó a puntualizar todo esto, o sea, la separación radical entre los enfoques microeconómicos y macroeconómicos, lo relató Valentín Andrés Álvarez en su ensayo *Individuo y grupo*, aparecido en el libro *Homenaje a Xavier Zubiri*. Su larga marcha intelectual comenzó cuando Duperier, en 1917, al publicarse el *Análisis Algebraico*, de Rey Pastor, le dijo: "Ahora resulta que los números de nuestra vieja aritmética ya no son nada; lo es todo el conjunto a que pertenecen. Hasta la Matemática se nos está haciendo socialista". Valentín Andrés Álvarez había expuesto su punto de vista definitivo así: "Numerosos errores de muchos razonamientos proceden de esto, de que teoremas aplicables a las economías individuales se trasladan, simplemente, a la economía nacional... Es un buen ejercicio útil buscar teoremas que tengan validez para la economía privada y no se cumplan en una economía nacional".

La quinta cuestión son sus investigaciones sobre fisiocracia. Liberal como era, se sintió atraído por Quesnay. Ante el zigzag de su *Tableau Economique*, incitante modelo económico, se lanzó a interpretarlo. Además, a enlazar las tres grandes líneas de investigación posteriores implícitas en él: La del proceso de circulación del capital; el equilibrio general de Walras, y las tablas de insumo-producto de Leontief. Esta última fue la dirección de Valentín Andrés Álvarez, que dirigió el equipo que elaboró la TIOE/54, la primera de España. Pero aún halló otro engarce. Exactamente escribió: "... ante una economía que comienza a preocuparse por la naturaleza, creemos que algo tiene que decirnos la Fisiocracia, que floreció, precisamente, en el último retorno romántico pastoril, el del siglo XVIII". Esta fue la postrer línea de investigación de Valentín Andrés Álvarez, basada en una crítica a la teoría clásica del valor, una crítica del concepto clásico de productividad, y la formulación de lo que denomina *el nuevo orden natural y el "eterno retorno"*. En España, el impacto

de los ecologistas empieza a ser significativo entre los estudiosos de la economía. Sin embargo, no sé de ninguno que haya tenido en cuenta el formidable despliegue intelectual de Valentín Andrés Álvarez a partir de *Más allá de la economía* (1962), que tiene el precedente de su nota aparecida en *Moneda y Crédito* (septiembre 1948), *Economía y alimentación*.

Esas cinco consideraciones explican, a mi juicio, que Valentín Andrés Álvarez, como economista, tendrá un gran significado para todo el que se acerque a comprender la evolución de las doctrinas económicas en España.

Se nos ha ido D. Valentín. Pero para los economistas que tuvimos el honor de ser sus discípulos quedará para siempre el recuerdo de su suave ironía astur ante nuestra Ciencia, a la que, sin embargo, tanto amó. Don Paco, el protagonista de *Tararí*, nos proporciona la cabriola que siempre nos agradecerá para concluir un homenaje a su persona, que podría terminar de forma solemne y estirada, cuando él huyó siempre de la solemnidad y del estiramiento. He aquí el final de su discurso de explicación de su encierro en una casa de orates, con el que yo doy fin al homenaje que aquí tributo a mi maestro: "Y ahora es cuando yo reconozco que la industria, el comercio, las deudas, las ganancias y las rentas dependen de principios que es menester mantener firmes. Aunque parezca mentira, todo principio, todo teorema, toda verdad científica tiene, más o menos remotamente, relación con las pesetas que uno lleva en el bolsillo. Por eso, las grandes verdades han de ser inmovibles, y a quien las ataca hay que tenerlo por loco... por si acaso... Las grandes verdades tienen que ser sagradas, porque, amigos míos, además de verdades... son pesetas".

Descanse en paz nuestro querido compañero.

JUAN VELARDE FUERTES